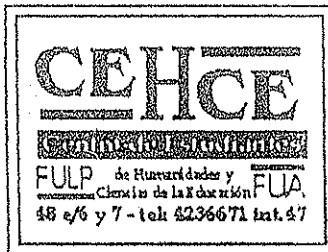
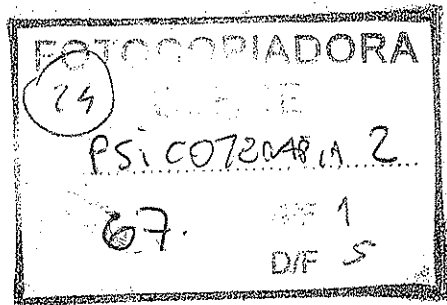


Una visión personal del
psicoanálisis de las
configuraciones vinculares *

Otízaga?



Isidoro Berenstein **



Revista de la AAPPB.
"Herimama"
Bs As, 2001.

1. *Un recorrido*

Esta presentación tiene una primera parte evocativa, donde recuerdo un tiempo transcurrido solo y también con muchos de ustedes; una segunda parte conceptual, calma, bastante agradable de escuchar; una tercera parte conceptualizada como resistencia a lo vincular, que trata de algunas dificultades y una cuarta parte militante, que la notarán como entusiasmo propio y el intento de transmitirlo, que puede promover en los otros –y bastante– la defensa de los valores instituidos y consagrados.

Esto que se llama «Una visión personal» incluye un recorrido hasta el día de hoy. Ocurre que un recorrido no se nota como tal en el momento en que se produce, sencillamente porque no lo hay. Uno «hace rodar un hecho» que después resulta incluyéndolo a uno o, para decirlo en forma más elegante, lo determina como sujeto, y no es que suprima el que uno fue sino que deja de ser aquél que fue como totalidad y se acomoda como algo parcial.

En la década del 60 veía el vínculo desde la relación de objeto y la ingeniería de la identificación proyectiva cruzada. En la década del 70, en el encuentro con las estructuras elementales de parentesco se produjo la Estructura Familiar Inconciente. Como ocurre en cada encuentro, hay un «hacer» que uno cree deriva de una búsqueda, de un deseo de hallar algo representado, pero en realidad ese «hacer» emerge ahí. Con la EFI se estableció la pertenencia de los yoes a un conjunto, y se trabajó el pasaje del yo al lugar, y del lugar al conjunto de lugares ligados. Hubo que desestructurar una forma de pensar, pues se incluyó a alguien agregado a los personajes clásicos del Edipo: el avínculo. De allí resultó algo imprevisto: se destituyó al hijo del centro de la escena en su relación con la madre y un poco más allá el padre, y ése que era un agregado devino fundamento. Aún recuerdo los padecimientos, las preguntas, una y otra vez, acerca de por qué descentrar al hijo y posicionarlo de otra manera y la dificultad para dejarse producir en la mente de los terapeutas una modificación sustancial

al incluir a ése que luego fue el famoso Cuarto Término. Había que desestructurar otra vez un ordenamiento cronológico, aunque ya lo hubiéramos hecho en la formación psicoanalítica individual. Es que el pensamiento y la formación de raíz biológica —y ésta abarca a muchos más que a los médicos— es tan enérgica y arraigada que costó y aún cuesta establecer un pensamiento donde haya otros órdenes de determinación que el cronológico y el numérico.

Desde mediados de los años 80 el encuentro fue con «Vínculo», concepto que uno creía conocer, y cómo no creerlo si lo había estudiado con Pichon Rivière y luego repetido insistentemente con Bion. Pero así como todas las personas que se llaman igual no son la misma persona, no todos los conceptos llamados con el mismo nombre son el mismo concepto. Ocurrió y ocurre que un obstáculo denso impide que las ideas sobre «vínculo» se expandan, y este obstáculo estaría compuesto de: I) Problemas aún no resueltos. Las preguntas frecuentes marcan los puntos oscuros que esperan ser aclarados: de qué inconciente hablamos al tratar de «vínculo»; el papel de la pulsión con relación a vínculo; la relación entre vínculo y singularidad, etc. II) Otras cuestiones son del orden de la resistencia a lo vincular que salvaguarda al sujeto de desestructurar aquello con lo que viene para dar lugar a lo ajeno, a lo nuevo, a lo no registrado anteriormente.

Tengo la impresión de estar asistiendo a un encuentro que parece ser al comienzo, como los anteriores, una complejización o una ampliación de lo que está. Y quizá es eso, uno desearía que fuera eso, una continuidad, una «articulación», pero tengo alguna sensación un poco visceral de que se viene algo diferente. Lo asocio con términos como «ajenidad» y lo registro como un particular recrudescimiento de las atractivas trampas de la seducción a volver hacia atrás.

Me di cuenta, pero sólo recientemente, de que cada movimiento de los que mencioné se acompañó de una suerte de militancia. Es que durante un tiempo creí que no debería o no debiera ser así en la ciencia y sí podía serlo en la

política. Hoy creo que esa militancia es una manera de proteger esa subjetividad un poco nueva, por decirlo de un modo imperfecto, y que toma su lugar destituyendo a la anterior a un lugar de parcialidad. Esa militancia es una búsqueda activa de encuentro con los otros, en base tanto a una imposición y una identificación, de los que voy a decir algo luego. Pero ésta ya es una concepción vincular de «militancia» y se diferencia de aquella que propugna ampliar el número de adeptos. Aunque «identificación proyectiva» está como procedencia en este recorrido, «vínculo» se hizo independiente de ese punto de partida y hoy pienso que «lo vincular» no depende de ser kleiniano o lacaniano u otra filiación semejante. Es lo que se llama una idea propia. A continuación mencionaré algunos de sus elementos.

2. El «vínculo»

Es una estructura inconciente que liga a dos o más, generando una suerte de elección inconciente, esto es en base a una realización del deseo inconciente singular o quizá a instituirlo retroactivamente. Pero lo fundamental es que los sujetos a su vez van a ser determinados por esa relación de presencia. Esta determinación es original, es decir, reconoce un origen¹ que trasciende la del deseo singular. *Vínculo* ha sido usado previamente por varios autores, como Pichon Rivière (1956-57), Bion (1967) y seguramente otros, aunque con un sentido sensiblemente diferente. El desarrollo de esta definición, que viene a continuación, ha de relacionar explícita o implícitamente y diferenciar dos campos llamados *relación de objeto* y *vínculo de (entre) sujetos*. Muestra nuestro camino, no el único seguramente, de un arduo andar entre lo particular, lo individual y la singularidad derivada de ese universal dado por lo «inter» o el «entre» uno y otro. Una discusión psicoanalítica involucra una consideración del sujeto y lo que he llamado «multiplicidad», el lugar del otro y el otro en su

¹ Origen viene de *origo, originis*, derivado de *oriri*, «salir» (los astros), «ser oriundos».

diferencia con el objeto interno y el objeto externo, la realidad interna y su relación con la realidad externa, la semejanza y la ajenidad en el vínculo entre sujetos y, como se insinúa más arriba, también algunas ideas acerca del origen

Proponemos los siguientes puntos acerca de la vincularidad:

2. 1. El Vínculo es entre sujetos

Diré que un sujeto resulta primero, pero no únicamente, de la investidura² del yo a partir de los otros, de las zonas erógenas, del yo corporal, parcial, inicialmente fragmentado. Sus mecanismos, los de investidura, son la identificación,³ expresada como «deseo ser como tú», o lo que llamaremos *imposición* (ver 2.7) dicha como deber: «debes ser como yo». Tanto la identificación como la imposición primarias son *con* y *desde* el otro, inicialmente los padres respecto de un bebé en quien, por otra parte, establecen marcas inconcientes en la fundación de su psiquismo y empujan una forma de ser y de hacer. Pero los padres no son los únicos. En un vínculo significativo, como por ejemplo de pareja, esto es, de un adulto respecto de otro, también se producen marcas inconcientes originarias propias de la pertenencia a esa relación. Ellas establecen una suplementación de su yo-sujeto constituido en su infancia e instituido nuevamente como un sujeto en la relación de

² Investidura se refiere a carga (término correspondiente en psicoanálisis al punto de vista económico) y a la cualidad con la que resulta marcado el yo. También se entiende como «la vestimenta» para una función dada, como ocurre con la toga de un juez o el vestido cardenalicio y esa investidura, ropaje del yo, lo convierte en sujeto para esa función y no otra.

³ «Sólo se discierne que la identificación aspira a configurar el yo propio a semejanza del otro, tomado como "modelo"» (Freud, 1921). Configurar, en alemán, es *ähnlich zu gestalten* = formar *Ähnlich* es parecido y sugiere al hijo que se parece a su padre sin ser idéntico. La identificación logra parecidos no semejantes (Oelsner, 2000).

pareja: es «sujeto del vínculo». Vuelve a darse un «desear ser» (identificación) como un «deber ser» (imposición). Ya tenemos entonces tanto el infantil como el actual. Ambos conllevan una fuerte marca socio-cultural, pero esto es una forma de decir. Lo social no es homogéneo y puede ser pensado como teniendo varios subconjuntos. Hay un subconjunto que hace llegar ofertas identificantes que prometen al yo un cierto paraíso que deviene siempre un paraíso perdido, pero paraíso al fin: el paraíso de la pertenencia a ese subconjunto, que no es poca cosa, pero que también y simultáneamente impone ser de cierta manera. Parte de esa imposición viene superpuesta con identificación y de allí que sea difícil discernirlas. Eso confunde a los sujetos y ha confundido a los psicoanalistas pensando que era sólo identificación. Pertenecer a ese subconjunto lo hace *sujeto social*. Podemos aplicar, y nos sería útil para profundizar el análisis, el dicho del historiador Lucien Febvre acerca de que el sujeto se parece más a su época que a sus padres. No se es conciente de las marcas de la cultura, de la época, ni del tipo de subjetividad que ésta genera.

Así se produce tanto un yo escindido, plenamente aceptado desde la teorización de Freud en 1925, así como un *sujeto múltiple*. Es «múltiple» el conjunto de suplementaciones del sujeto correspondiente a cada vínculo significativo y es precisamente lo que lo hace indeterminado, ya que se determinaba en la relación con el yo-cuerpo y lo pulsional, eso parecía claro, y también se determina en el vínculo con el otro y con lo social. El sujeto se sostiene en el sentimiento de pertenencia inherente al vínculo, distinto al sentimiento de identidad inherente al yo, ambos hacen a la construcción de la subjetividad. Diré que aquí se usa «subjetividad» en un sentido fuerte y preciso, como referido al proceso de constitución del sujeto y todo lo atinente a él desde el punto de vista psicoanalítico. En un sentido débil y convencional y más como adjetivo («opinión subjetiva»), se lo suele usar en un sentido un tanto desvalorizado, para calificar los dichos o sentimientos teñidos por lo personal y no sometidos al escrutinio propio de lo riguroso. De cualquier manera, remite a lo propio del sujeto en tanto no

se considere éste sólo como persona o como entidad gramatical.

El mundo interno, el de los otros y el social son tres mundos distintos y ajenos (ver 2.5). El sujeto es producido por ellos y a la vez es en quien esos mundos se intersectan o disocian.

2. 2. Modalidad de relaciones en la familia

En toda familia hay dos tipos de relación: I) la de pareja, cuyos integrantes son dos sujetos provenientes de una estructura familiar distinta. Constituirán un vínculo a través de un encuentro sexual y amoroso, construcción de eso que los liga siempre incierto y teniendo que hacer un puente entre dos ajenidades que intentan infructuosamente ser suprimidas y que tiene ese premio que los hace desear o intentar estar y hacer una pareja, porque a su vez «eso» es lo que los constituye como sujetos singulares y específicos de ese vínculo. «Eso» no es sólo pronombre demostrativo, sino que tiene el poder de determinarlos en forma inconciente; II) la relación entre los padres y el hijo, relación de estructura, donde hay lugares que investirán al yo así como éste deberá investirlos, convirtiéndolos en un lugar propio, el de cada uno y el de los otros de la estructura de parentesco. Son lugares: el del Padre, el de la Madre, el del Hijo, el del Cuarto Término. Cada yo registra que el otro lo inviste y recubre con un deseo propio, no dependiente sino suplementario al del yo. Pero aun cuando haya circulación de deseo entre la hermana y el hermano, el lugar del Cuarto Término con relación a los otros se puede ampliar hasta ser considerada como relaciones de poder. Es conmovedora la trayectoria de Creonte tanto con relación a Edipo como con relación a Antígona (Berenstein, 2001).

En el vínculo entre sujetos, los deseos no remiten a uno solo, el yo, como sí ocurre al tratarse de la relación de objeto cuando es proyectada en el otro que, en tanto sea llamado «objeto externo», arrastra un sentido que lo hace depender del yo.

2. 3. Relación de objeto y ausencia del otro

La fantasía inconciente y la fantasía diurna del yo recubren al otro pero no del todo, ya que su cualidad de *presencia* necesariamente excede lo que se acostumbra llamar relación de objeto proyectada en el objeto externo. En la relación con el otro, éste ofrece un sector semejante que mediante la identificación se asimila al propio yo, la cual tiene mucho de imaginario y hace a la apariencia del sujeto («a quién se parece»). Se constituye un parecer que hace ser. De inmediato, o en el mismo acto, al yo le llega lo diferente: un yo tiene la boca (el bebé) y el otro tiene el pecho (la madre), o uno tiene el pecho (la madre) y el otro no (el padre). El yo temprano puede tratar de anular la diferencia y por identificación sostener que es y tiene el pecho, o que es la madre en sustitución o la hermana (su persistencia se constituirá en el varoncito un punto disposicional de la homosexualidad masculina). En un acto psíquico distinto pasará de «ser» a «tener-lo» como objeto. Resultado de la *ausencia* del sujeto materno o paterno y lo que permite aceptarla, se constituye la relación de objeto. Hay una equivalencia entre relación de objeto y ausencia de quien instituyó esas marcas a partir de las experiencias fundantes.⁴ Un estudio futuro mostrará las diferencias entre *objeto externo*, denominación que se centra en el yo, porque es externo a él, y el otro cuya característica novedosa es la que propone como presentación y no sólo como representación.

2. 4. Presencia y ausencia

La presencia es esa cualidad del otro que incide fuertemente en mí como sujeto o, si es mía, incide en el otro, impone una marca, *me* y *lo* modifica. No admite su inclu-

⁴ Green (1988) comentando la cita de Freud de «La negación» —«... sin que el objeto externo tenga que seguir estando presente»—, dice: «La teoría de la representación puede remitir a lo que existe pero no está presente, donde esto puede remitir a lo que no existe pero que yo he fabricado».

sión imaginaria. En tanto ajeno, instituye una diferencia, la impone y en quien es impuesta no se reducirá por identificación. Presencia se diferencia de exterioridad, no es sólo lo que discierne si está fuera del yo además de estar adentro, lo que se llama «juicio de existencia» (Freud, 1925), sino y principalmente lo que no se deja convertir en ausente y no permite ser inscripto como objeto. La no tolerancia a la ausencia produce la alucinación. La no tolerancia a la presencia y su anulación radical caracteriza el crimen imaginario o real que elimina lo ajeno y al otro. La relación con lo ajeno inaugura un nuevo funcionamiento ya que no se deja incorporar como perteneciente al yo y no se deja rechazar y ubicar fuera del yo según el principio de placer-displacer bajo el «juicio de atribución», el que dice: son uno lo bueno, lo placentero y el yo y también son uno lo malo, lo ajeno y lo que está afuera. La presencia se opone al juicio de atribución. Lo ajeno se regula por el *juicio de presencia* y ha de decidir que el otro existe afuera y no adentro, que para este paso el otro ha de pasar a ser ausente, desaparecer como ajeno, pero si es teniendo presencia ha de estar ahí resistiéndose a la investidura, allí requiere hacer algo que lo ha de modificar como sujeto. Si, en términos de Freud (1925), para el yo-placer originario son idénticos lo malo, lo ajeno al yo, lo que se encuentra afuera, diremos ahora que lo ajeno puede ser fuente de placer y/o de dolor, es motor del vínculo y no se incorpora según el principio de placer.

2. 5. La ajenidad en el vínculo

Pero, a pesar de la identificación, algo del otro se resiste, no se puede incorporar y aun en lo semejante y lo diferente, una parte no puede inscribirse como propia, permanece no conocida: es lo «ajeno» y es inherente a la presencia del otro.⁵ No se deja transformar en ausencia y

⁵ Green (1988), en un sentido similar, incluye la bisexualidad masculino-femenino y la dualidad amor-odio en la relación fundamental yo-otro: «ningún yo puede bastarse a sí mismo y ningún yo puede colmar al otro, ningún otro puede sustituirse al yo y ningún otro puede colmar al yo».

no se puede simbolizar. La ajenidad caracteriza fuertemente al otro y a su presencia. En una relación significativa es todo registro del otro que el sujeto no logra inscribir como propio, no obstante lo cual, creyendo que es posible, ha de intentarlo hasta aceptar, nunca del todo, que es inherente a la ajenidad no ser incorporado al sujeto. He aquí la paradoja propia y constitutiva del vínculo. Tampoco el otro puede hacerlo con lo ajeno del propio sujeto y el fracaso de esta presunción se constituye en herida narcisista. Es en relación con lo ajeno que fracasa el «parecer», el «ser» y el «tener» para cobrar relevancia el «hacer», poner en marcha una acción porque se cree radicalmente en ella e invita a iniciar un camino, un proceso del cual se conoce el comienzo, el «hacer», pero no el devenir. En el vínculo, que podemos también llamar «*relación de sujeto*», distinto de la relación de objeto, el sujeto no sólo preexiste, sino que también se constituye en esa relación. Hay sujeto nuevo como resultado del devenir y del rehusamiento de la repetición.

2. 6. Relación entre vínculo y pulsión

La mayor parte de los autores sostiene que la pulsión es el motor del vínculo con el otro considerado o ubicado como objeto de la pulsión. Ya hemos hecho algunos comentarios acerca del objeto con relación a la ausencia. En mi concepto es frente a lo ajeno del otro y su presencia que en el sujeto emerge la pulsión invistiéndolo como su objeto, en el decir de Freud (1915, b): lo más variable de la pulsión, porque lo invariable está inscripto desde el pasado infantil. En nuestro decir, el *sujeto del vínculo* sería lo más específico de ese vínculo, ya que es instituido desde la relación con ese otro singular. Si ubica al objeto en el otro, tiende a borrarlo en su especificidad como sujeto y pasará a ser lo variable de la pulsión. Es en este sentido que, si las pulsiones pueden ser consideradas en términos de Green (1993) en su «función objetalizante» la pulsión de vida y en su «función desobjetalizante» la pulsión de muerte, la pulsión en sí misma es «desvinculizante»⁶ del otro como

⁶ «Desvinculizante» se refiere a un proceso de reducción y desgaste

sujeto, ya que éste la atrae y a la vez, a través de su presencia, se opone a la investidura pulsional y subsiste a su desinvestidura. Por eso podrá luego ser reinvestido.

2. 7. La imposición

Es tanto el mecanismo constitutivo del vínculo, como puede serlo de defensa. Imposición es la acción de un otro sobre el yo o de éste sobre otro al establecer una marca no dependiente del deseo de quien la recibe, y que requiere de una relación entre quien la impone y a quien le es impuesta.⁷ Imponer es una acción constitutiva y como tal refiere a la obligatoriedad de incluir y hacer un lugar a una marca proveniente de un nuevo significado en el vínculo entre dos sujetos. *Nuevo* refiere a que el sujeto no la tenía previamente a su inclusión en ese vínculo. Imponer pasa a ser una acción defensiva cuando los habitantes del vínculo no toleran que su subjetividad se modifica por pertenecer a esa relación, entonces recurren al exceso de imposición para anular la ajenidad y tornarlo semejante.

del otro en su ajenidad para quedar como objeto, esto es construido por el yo. Omíto usar el término «desvinculante» que refiere más a separación en una relación, aunque este último sea uno de los resultados de aquél, que es el proceso subyacente.

⁷ Esto abre el camino para examinar psicoanalíticamente las «relaciones de poder», desacreditadas en general por el juicio adverso que surge en el espíritu ante el exceso de poder. Éste es a las relaciones de poder como la perversión es a la sexualidad. A nadie se le ocurriría que no debería haber sexualidad porque hay perversiones, lo propio ocurre con las relaciones de poder respecto de su exceso. Son instituyentes del sujeto tanto en la relación con el otro como en relación con lo social para producir el sujeto social. En los vínculos con los otros circulan sexualidad y relaciones de poder. No remiten una a la otra sino que circunscriben dos universos distintos aunque uno pueda superponerse al otro. El psicoanálisis ha sentado las bases de una nueva concepción de la sexualidad y empujado su enorme desarrollo en estos primeros cien años. De las relaciones de poder con su especificidad y particularidad como base de la constitución del sujeto y fuente de sufrimientos específicos deberá ocuparse de aquí en más aunque algunos autores hayamos tratado este tema.

En la relación de objeto el mecanismo constitutivo es la proyección-introyección en sus distintas variedades, con los cuales el propio yo con lo que recibe del otro produce el objeto, aquello que puede reconocer y aceptar como propio.

2. 8. La variedad de ajenos

Hay tres elementos ajenos con relación al sujeto: el inconciente reprimido, la alteridad del otro y la dimensión social del conjunto del que forma parte. Lo que tienen en común entre sí estos tres elementos es el de ser ajenos al propio yo. Son distintas las operaciones que ha de hacer para relacionarse con lo ajeno propio, de las que deberá hacer para con lo ajeno del otro y con lo ajeno del conjunto social. Nunca seremos concientes de las marcas de la cultura de la época ni del tipo de subjetividad que ésta genera.

2. 9. Acerca del origen

El punto de partida de un encuentro significativo con el otro puede constituirse o no en un origen, esto es, implicar una novedad. Para ésta no existen inscripciones previas a las producidas en ese encuentro. Se habla de origen cuando la serie de acontecimientos que siguen remiten a él y llevan su marca. Un encuentro es significativo si modifica a quienes lo producen. Va de suyo que lo infantil, siendo un origen, no es el único origen del sujeto. Volviéndolo a decir, en cada vínculo significativo se genera sujeto y éste suplementa al sujeto constituido en la infancia.

3. Otra resistencia

Freud ubicó la resistencia (*Widerstand*) como un problema primero ligado a la técnica, es decir encarnado en la práctica del psicoanálisis, ya que es un impedimento para su prosecución, surgido como oposición a asociar libremente, así como incluyéndose en la transferencia. Pero no sólo se trató de un obstáculo a suprimir, sino que adquirió sentido en sí mismo para la práctica analítica ya que siguió

el modelo de la defensa y de la relación del yo con lo inconciente. Supone una conrainvestidura casi permanente con relación a la investidura pulsional continua. La resistencia se relaciona con la represión (*Verdrängung*), que el traductor al castellano de las Obras Completas menciona como *esfuerzo de desalojo* o *esfuerzo de suplantación* muy ligado al *drängen*, el esforzar continuo de las pulsiones. La presencia del otro se sustrae de continuo a ser internalizada o a ser revestida por la representación o a ser ocupada-investida por la proyección del objeto interno. Ante la presencia del otro, la pulsión trata de investirlo como objeto deseado, pero la parte ajena de ese otro supuestamente deseado no puede ser abarcada por el deseo, que sólo lo acepta en tanto semejante, posible de identificar o, a lo sumo, en tanto diferente, con el cual podrá superponer poco a poco con el propio cuerpo mediante la identificación. En ese camino sigue los mandatos del ideal. El semejante estimula la investidura de la pulsión:

«La moción pulsional reprimida puede ser activada (invertida de nuevo) desde dos lados; en primer lugar, desde adentro, por un refuerzo de la pulsión a partir de fuentes internas de excitación, y en segundo, desde afuera, por la percepción de un objeto que sería deseable para la pulsión.» (p. 148) (Freud, S. (1926 [1925]))

Nada de eso es posible con lo ajeno del otro. Por lo tanto una posibilidad es declararlo hostil:

«...son idénticos lo malo, lo ajeno al yo y lo que se encuentra afuera» (Freud, 1925).

Otro camino es exponerse a inscribirlo, lo cual supone no encontrar dentro de sí una representación. Es otorgarle carácter de nuevo cada vez que se presenta. Una conrainvestidura es declararlo semejante y suprimir lo ajeno del otro y de sí mismo, lo cual constituye una resistencia.

Freud (1926) describió cinco resistencias: las tres resistencias del yo: I) la represión contra la acción de las pulsio-

nes; II) la resistencia de transferencia derivada de la anterior pero vigente en la situación analítica y III) el beneficio secundario o la oposición a abandonar la satisfacción substitutiva del síntoma integrado a veces al propio yo; IV) la del ello o de lo inconciente vinculada a la compulsión de repetición y expresada como reacción terapéutica negativa y V) la del superyó, referida a la culpa inconciente y necesidad de castigo, aunque no sentido como tal sino como enfermedad. Deseo aquí presentar otra resistencia: la de inscribir o incorporar la presencia del otro con quien se da, y no puede no darse, una experiencia significativa. Puede ser el otro de una relación amorosa, los propios padres así como el propio analista en la relación analítica. La particularidad es que la pertenencia a la relación con ese otro específico y singular lo erige a uno como sujeto propio de esa relación. El sujeto se produce en la relación y no está solamente predeterminado a ella. Así, la pertenencia al vínculo inviste al yo como sujeto otro en cada relación significativa y hace a la multiplicidad del yo. Entonces, a la escisión del yo, a su unidad imaginaria como identidad, debe agregarse su multiplicidad acorde a la pertenencia. La resistencia le hace proclamarse idéntico y único. Si vemos con más detalle esta resistencia, es a aceptar lo ajeno del otro, aquello que no es pasible de identificación y que sin embargo lo marca como sujeto de esa relación. Es una resistencia al vínculo con el otro que inevitablemente altera el narcisismo, por mucho que el yo se declare inaccesible, o sea altera al propio yo. Esa presencia excede la representación y la investidura objetal. El objeto proyectado no coincide con el otro.

No se trata de la *Verleugnung* (renegación) que desmiente lo proveniente del sentido de realidad donde el yo niega una ausencia, la del pene en la niña y afirma una presencia imaginaria atribuida a una explicación infantil. La resistencia a la vincularidad se opone a dar lugar a una presencia indicada por la ajenidad del otro. Su rechazo no es del orden de la represión con desinvestidura y posibilidad de conrainvestidura. No es un retorno a una representación previa, sino una oposición a una nueva inscripción del otro.

No es fácil en el enjambre de términos que se refieren a lo negativo (Missenard A. y otros, 1989) caracterizar esta intolerancia a lo ajeno del otro con el cual el sujeto permanentemente está en contacto sin poder inscribirlo y sin dejar de intentarlo. Lo ajeno no tiene inscripción inconciente, pues cuando la tiene se hace posible simbolizarlo, esto es, hacerlo propio. De ahí que su rechazo no sea del orden de la represión. Lo ajeno es del orden de lo irrepresentable y no obstante deberá hacersele un lugar, lo cual convoca a ser un sujeto otro.

Algo de lo que ilusoriamente pareciera estar dentro de sí mismo o del otro queda irremisiblemente como ajenidad y ésta puede ser aceptada como tal o, si no lo es, ser pasible de ser idealizada y convertida en ideal inaccesible, como la construcción de Dios,⁸ para así pertenecer a él y que le pertenezca al sujeto. Si es idealizado puede devenir hostil y habilitado para la destrucción real o simbólica del otro; lo cual, a nivel social, se evidencia en las guerras étnicas o religiosas en el primer caso o aniquilación de las costumbres y los rituales que marcan la pertenencia de otros sujetos a su cultura. A nivel individual se observa en las distintas formas de aniquilación o supresión del otro como alguien con sentido, como puede ocurrir con un tipo peculiar de padres en la psicosis infantil.

Cabe preguntarse si la resistencia a la ajenidad del otro y al vínculo con él es un fenómeno individual y/o vincular y/o quizá institucional y social. Aquí, una aclaración acerca del solipsismo que impregna las concepciones sobre lo individual: el «ismo» consiste en declarar que lo individual es una determinación absoluta y total donde el vínculo sería determinado exclusivamente por el yo y no puede ser pensado al menos de las dos maneras: como determinado

⁸ Levinas (1971) dice que el Otro propone una alteridad/ajenidad radical cercana a lo inaccesible y en su decir ésa es la representación de Dios para la religión judía. Nunca es el Otro como semejante e implica una consagración del yo. Va de suyo que este autor establece una ética basada en la asunción de la alteridad del Otro.

pero especialmente como determinante del yo al devenir sujeto.

Si la educación, además de transmitir conocimientos específicos, principalmente produce subjetividad y nuestras instituciones producen tipos de terapeutas y sin darse cuenta lo hacen para el solipsismo, entonces podremos decir que la resistencia a lo ajeno es un fenómeno vincular e institucional. Creo que para que lo vincular funcione, además de la teoría positiva, aquella que administra los conocimientos, se tiene que sumar algún procedimiento crítico capaz de mostrar las resistencias. Lo vincular, al igual que el psicoanálisis en sus comienzos, deberá poder mostrar las resistencias que vence o que tiene que vencer. No es un conocimiento que entra sin resistencia. Freud decía que un paciente devenía psicoanalista cuando podía, en el análisis, darse cuenta de la existencia del inconciente. ¿Cómo darse cuenta de la existencia de los vínculos, del otro y de lo ajeno del otro? Sus producciones o sintomatología se descubren a través de los vínculos. El problema que tenía Freud no era quién entendía la teoría psicoanalítica sino quién podía analizar. En nuestro caso también el problema no es quién entiende la teoría vincular sino el poder analizar desde el vínculo según el conjunto de las formulaciones consignadas más arriba.

4. Para ir terminando o el toque militante

Llamemos «vincular» a una idea aunque sea un conjunto de ellas. Comenzó como un agregado, una aplicación que devino una ampliación y resultó ser un corte y un cambio de dirección y ahora estamos instalados en otra dirección. Si saca el complejo de Edipo del centro, si la subjetividad que éste instituye deja de ser «la subjetividad» con mayúscula y es sólo una de sus fuentes, entonces no es más el centro. No se trata de que «vínculo» sea el centro, ya que la misma noción de centro cayó. Lo que resulta es que no hay centro ni hegemonía para instituir la subjetividad. Luego vendrá cómo se van a relacionar «el complejo de Edipo»

con «vínculo» pero ya no será aquél el que tenga un poder teórico hegemónico. La relación es diferente. El tema sería qué puede darle la teoría psicoanalítica a la teoría vincular, aunque esto parece más sencillo de pensar, ya que es la teoría vincular la que debería decidir qué le puede dar la teoría psicoanalítica. También deberemos plantear qué le va a dar la teoría vincular a la teoría psicoanalítica.

Otro tema es que algunas ideas van a caer como determinantes, por ejemplo el papel de la proyección o la identificación proyectiva en la constitución de un vínculo. Esta y otras ideas psicoanalíticas dejaron de ser relevantes para lo nuestro, no pueden juzgar acerca de lo que opera en un vínculo. De este planteo se sigue que la «relación de objeto» no es el centro de la vida mental. No es un concepto que va a desaparecer, sino que deberá ser acotado y ha de mostrar sus inconsistencias respecto del papel del otro en la relación de sujeto. Si eso no ocurre, se aplica a nuestro psicoanálisis lo que Badiou (1999) dice en *Pablo* y lo dice bien al tratar los preceptos: «tienen valor de costumbre y no de preceptos. Ya no es ley sino un hábito». Algunos de los conceptos de la teoría psicoanalítica funcionan como un tic, como un hábito y ya no como conceptos.

La tarea sería la contraria a la de buscar «articulaciones». «Articular» este conocimiento con el anterior es unificar bajo el imperio de lo que se viene pensando desde antes. Esta modalidad abarca la filosofía, la política y desde ya el conocimiento y el propio psicoanálisis. Habría un trabajo de «desarticular» el movimiento mental de «articular» para entonces poder «no articular» y de ahí dar lugar a nuevas conexiones entre «vínculo» y «el otro» o «los otros» o entre «vínculo» y «vida mental». ¿Cuáles son las consecuencias de la presencia de «vínculo» para el resto de las formulaciones? ¿En qué cambia «vínculo» la teoría de la intersubjetividad y la del narcisismo o la del superyó? ¿Si «vínculo» nos da acceso a una teoría del poder que el psicoanálisis no tiene, en qué va a poder ayudar la insistencia en *Psicología de las Masas...*? En realidad, desde «vínculo» se debería poder formular otra teoría de las masas y

de los conjuntos humanos. Para lo que concierne a identificación, *Psicología de las Masas...* puede seguir vigente, pero para imposición, ni si ni no, porque es otro concepto.

Nosotros, los de «vínculo», trabajamos en el desarrollo, ampliación, profundización de la teoría vincular, tratamos de abrir esta teoría y sus consecuencias, pero no sólo porque seamos socios de una Asociación de Configuraciones Vinculares, aunque debamos hacerlo para tener un lugar para trabajar con «vínculo». De otra manera sería establecer que la pertenencia pasa por lo institucional en tanto sigamos pensando «la relación» en términos de la teoría anterior, excelente para pensar la estructura del mundo interno. Tampoco se va a sostener en un mero uso de los términos. Tanto la «institucionalidad» como la «terminología» deberían ser un soporte, lo que posibilita y no lo que da cuenta del encuentro que debería ser siempre renovado con la experiencia vincular.

Si «lo vincular» es una formulación que transformó la subjetividad de uno, parecería que no hay vuelta atrás. Hay que hacer la experiencia de permitir el contacto con lo vincular. Una vez posicionado, el contraste es muy agudo: donde figuran términos como «transformación», «capacidad creciente», «cambio gradual», es claro que están bajo el imperio de la «articulación». Algunos términos de nuestra manera de pensar lo intersubjetivo y el vínculo son «novedad» (no habría invariante), «sujeto distinto» (no en crecimiento del que había), «súbita subjetividad» (no podría ser progresiva).

Veamos qué recorrido podemos seguir haciendo.

Bibliografía

- Badiou, A. *San Pablo. La fundación del universalismo*. Anthropos editorial. Pensamiento Crítico. Pensamiento Utópico. España. 1999.
- Berenstein, I. (2001) *El sujeto y el otro: de la ausencia a la presencia*. Editorial Paidós. Buenos Aires.
- (2001) *Psicoanálisis. Método y aplicaciones*. Presentado en IPAC 42nd. Niza. 2001.
- Bion, W. (1962) *Learning from Experience*. William Heinemann Medical Books Limited. London.
- (1967) *Second thoughts*. William Heinemann Medical Books Limited. London.
- Corominas, J. (1973) *Breve Diccionario etimológico de la Lengua Castellana*. Madrid. Gredos.
- Freud, S. (1915) *Pulsiones y destinos de pulsión*. O.C. XIV. Amorrortu Editores, Buenos Aires. 1976.
- (1921) *Psicología de las masas y análisis del yo*. O.C. XVIII.
- (1923 [1922]) Dos artículos de enciclopedia: «Psicoanálisis» y «Teoría de la libido». O.C. XVIII.
- (1925) *La negación*. O.C. XX.
- (1926 [1925]) *Inhibición, Síntoma y Angustia*. O. C. XX.
- Green, A. (1988) *Seminario sobre el trabajo de lo negativo*. En *El trabajo de lo negativo*. Amorrortu editores. Argentina. 1995.
- (1993) *El trabajo de lo negativo*. Amorrortu editores. Argentina. 1995.
- Levinas, E. (1971) *Totalidad e Infinito. Ensayo sobre la exterioridad*. Ediciones Sígueme. Salamanca. 1987.
- Missenard, A. y otros (1989) *Lo negativo. Figuras y modalidades*. Paidós. Buenos Aires. 1991.
- Oelsner, R. (2000) *Comunicación personal*.
- Pichon Rivière (1956-57) *Teoría del Vínculo*. Nueva Visión. Buenos Aires. 1985.